NOTAS SOBRE EL NACIONALISMO

GEORGE ORWELL



En tiempos como los que estamos viviendo, los nacionalismos y los extremismos en todas sus formas resurgen con fuerza. En este extraordinario ensayo, publicado en mayo de 1945, en los estertores de la Segunda Guerra Mundial, George Orwell establece una definición del nacionalismo que vas más allá del vínculo con un lugar geográfico, como un pernicioso estado de rigidez mental en el que no tiene cabida ni el debate ni la reflexión.

George Orwell

Notas sobre el nacionalismo

ePub r1.0
Titivillus 07.02.2021

Título original: *Notes on Nationalism*
George Orwell, 1945
Traducción: Juan Antonio Montiel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En algún lugar de su obra, Byron emplea la palabra francesa *longueur* y aprovecha para señalar que, aunque en Inglaterra no tengamos esa palabra, poseemos en abundancia lo que esta enuncia. Del mismo modo, hoy en día existe un hábito mental tan extendido que afecta a nuestras ideas sobre casi cualquier tema, pero que aún no tiene nombre. Como su equivalente más cercano, he escogido la palabra *nacionalismo*; sin embargo, como se verá, no la empleo en su sentido corriente, quizá porque la emoción de la que hablo no siempre está vinculada a lo que llamamos «nación», es decir, a una raza o a una zona geográfica. Puede estar ligada a una Iglesia o a una clase social, o funcionar de un modo puramente negativo, contra algo o alguien, sin necesidad de que haya ningún objeto positivo al cual se adhiera.

Cuando digo «nacionalismo» me refiero antes que nada al hábito de pensar que los seres humanos pueden clasificarse como si fueran insectos y que masas enteras integradas por millones o decenas de millones de personas pueden confiadamente etiquetarse como «buenas» o «malas»[1]. Pero, en segundo lugar —y esto es mucho más importante—, me refiero al hábito de identificarse con una única nación o entidad, situando a esta por encima del bien y del mal y negando que exista cualquier otro deber que no sea favorecer sus intereses. El nacionalismo no debe confundirse con el patriotismo, aunque ambas palabras se usan normalmente con tanta vaguedad que cualquier definición es susceptible de ser sometida a discusión. Sin embargo, es preciso distinguir entre ellas, puesto que aluden a dos cosas distintas, incluso opuestas. Por «patriotismo» entiendo la devoción a un lugar determinado y a una determinada forma de vida que uno considera los mejores del mundo, pero que no tiene deseos de imponer a otra gente. El patriotismo es defensivo por naturaleza, tanto militar como culturalmente. El nacionalismo, en cambio, es inseparable del deseo de poder; el propósito constante de todo nacionalista es obtener más poder y más prestigio, no para sí mismo, sino para la nación o entidad que haya escogido para diluir en ella su propia individualidad.

Mientras se aplique en exclusiva a los movimientos nacionalistas más notables y reconocibles de Alemania, Japón y otros países, lo anterior resulta bastante obvio. Frente a un fenómeno como el nazismo, que podemos

observar desde fuera, casi todos diríamos más o menos las mismas cosas. Pero aquí debo repetir lo que ya he dicho antes: que solo empleo la palabra *nacionalismo* a falta de otra mejor. El nacionalismo, en el sentido amplio que le doy a la palabra, incluye movimientos y tendencias como el comunismo, el catolicismo político, el sionismo, el antisemitismo, el trotskismo y el pacifismo. No necesariamente implica lealtad a un gobierno o a un país —y mucho menos a la propia nación—, y ni siquiera es estrictamente necesario que las entidades a las que alude existan en realidad. Por nombrar unos cuantos ejemplos obvios, el judaísmo, el islam, la cristiandad, el proletariado y la raza blanca son todos ellos objeto de apasionados sentimientos nacionalistas, pero su existencia puede ser seriamente cuestionada y ninguno posee una definición aceptada universalmente.

Además, vale la pena insistir en que el sentimiento nacionalista puede ser puramente negativo. Hay trotskistas, por ejemplo, que simplemente se han convertido en enemigos de la URSS, sin desarrollar la correspondiente lealtad a cualquier otra entidad. Cuando uno percibe las implicaciones de algo así, la naturaleza de aquello a lo que llamo «nacionalismo» se vuelve mucho más clara: un nacionalista es alguien que piensa únicamente, o principalmente, en términos de prestigio competitivo. Puede ser un nacionalista positivo o negativo —esto es, puede usar su energía mental en ensalzar o denigrar—, pero, en todo caso, su pensamiento gira siempre en torno a victorias y derrotas, triunfos y humillaciones. Ve la historia, en especial la historia contemporánea, como el interminable ascenso y declive de grandes unidades de poder, y cualquier cosa que ocurra le parece una demostración de que su propio bando está en ascenso y de que algún odiado rival ha comenzado a declinar. Con todo, es importante no confundir el nacionalismo con el mero culto al éxito. El nacionalista no sigue el elemental principio de aliarse con el más fuerte. Por el contrario, una vez elegido el bando, se autoconvence de que este es el más fuerte, y es capaz de aferrarse a esa creencia incluso cuando los hechos lo contradicen abrumadoramente. El nacionalismo es sed de poder mitigada con autoengaño. Todo nacionalista es capaz de incurrir en la deshonestidad más flagrante, pero, al ser consciente de que está al servicio de algo más grande que él mismo, también tiene la certeza inquebrantable de estar en lo cierto.

Una vez aportada esta larga definición, creo que puede admitirse que el hábito mental del que hablo está muy extendido entre la intelectualidad inglesa, mucho más que entre el grueso de la población. Para aquellos que están interesados en la política contemporánea, ciertos tópicos han llegado a

estar tan infestados de consideraciones de prestigio que una aproximación genuinamente racional a ellos es casi imposible. De entre los cientos de ejemplos que podrían escogerse, tomemos la siguiente pregunta: ¿cuál de los tres grandes aliados, la URSS, Gran Bretaña o Estados Unidos, ha contribuido más a la derrota de Alemania? En teoría, sería posible dar una respuesta razonada, y quizás incluso concluyente, a esa pregunta. En la práctica, sin embargo, sería imposible efectuar los cálculos necesarios, porque es probable que cualquiera que acepte ocuparse de una cuestión como esa la considere, inevitablemente, en términos de prestigio competitivo. De modo que comenzará decidiendo en favor de Rusia, Gran Bretaña o Estados Unidos —según sea el caso—, y solo después se pondrá a buscar argumentos que apoyen su tesis. Y hay infinidad de cuestiones semejantes para las cuales uno solo puede obtener una respuesta sincera de alguien a quien todo el asunto le sea indiferente, y cuya opinión, por tanto, carece al fin y al cabo de valor. De ahí, en parte, el recurrente fracaso de las predicciones políticas de hoy. Resulta curioso comprobar que, de todos los «expertos» de las distintas escuelas, no hubo uno solo que fuera capaz de prever un evento tan probable como el pacto germano-ruso de 1939[2]. Y cuando se tuvo noticia de ese acuerdo, se le dieron las explicaciones más radicalmente divergentes y se realizaron predicciones cuya falsedad se reveló casi de inmediato, puesto que jamás se basaban en un estudio de las posibilidades, sino en el mero deseo de hacer parecer mejor o peor, más fuerte o más débil, a la URSS. Los comentaristas políticos o militares, al igual que los astrólogos, son capaces de sobrevivir a cualquier error, porque sus seguidores más devotos no acuden a ellos en busca de una apreciación de los hechos, sino para estimular sus lealtades nacionalistas[3]. Y los juicios estéticos, especialmente los literarios, están a menudo tan corrompidos como los juicios políticos. Sería difícil para un nacionalista indio disfrutar de la lectura de Kipling o para un conservador reconocer mérito alguno en Mayakovski, y existe siempre la tentación de afirmar que cualquier libro de cuya tendencia uno discrepa es también malo desde el punto de vista literario. La gente que tiene fuertes opiniones nacionalistas es proclive a esta clase de prestidigitaciones sin ser consciente de su falta de honestidad.

En Inglaterra, si nos atenemos sencillamente al número de sus adeptos, es probable que la forma dominante de nacionalismo sea el viejo jingoísmo británico. Es verdad que está bastante extendido aún, mucho más de lo que la mayoría de los observadores hubieran creído diez años atrás, pero lo que me ocupa en este ensayo son las reacciones de la intelectualidad, entre la que el

jingoísmo e incluso el patriotismo de la vieja escuela están prácticamente muertos, aunque al parecer hayan vuelto a estar en boga entre unos pocos. Huelga decir que, entre los intelectuales, la forma dominante de nacionalismo es el comunismo, empleando dicha palabra de manera bastante laxa, para incluir no solo a los miembros del Partido Comunista, sino también a los «compañeros de viaje» y a los rusófilos en general. Para nuestro propósito, un comunista es aquel que considera a la URSS su patria y cree su deber justificar la política rusa y favorecer a toda costa los intereses de esa nación. Obviamente, esa clase de gente abunda hoy en Inglaterra, y su influencia directa e indirecta es muy grande. Pero también florecen otras formas de nacionalismo, y reconocer las similitudes entre corrientes de pensamiento distintas, e incluso aparentemente opuestas, es la mejor forma de situar las cosas en perspectiva.

Hace diez o veinte años, la forma de nacionalismo más afín al comunismo de hoy era el catolicismo político. Su exponente más destacado —aunque, más que un caso típico, quizá fuera un caso extremo— era G. K. Chesterton. Chesterton fue un escritor de considerable talento que tuvo que suprimir tanto su sensibilidad como su honestidad intelectual en aras de la causa de la propaganda católica. Durante aproximadamente los veinte últimos años de su vida, toda su producción fue en realidad una incesante repetición de las mismas cosas, que, bajo su apariencia ingeniosa, eran tan simples y aburridas «como grande es Diana de Éfeso». Cada libro que escribió, cada párrafo, cada frase, cada incidente de cualquier narración, cada diálogo, tenía que demostrar irrefutablemente la superioridad de los católicos sobre los protestantes o los paganos. Y a Chesterton no le bastó con considerar esta superioridad desde el punto de vista intelectual o espiritual; tuvo que traducirse en términos de prestigio nacional y poderío militar, lo que dio lugar a una absurda idealización de los países latinos, especialmente de Francia. Chesterton no vivió mucho tiempo en Francia, y la imagen que proyecta de ella —como tierra de campesinos católicos que cantan sin cesar *La marsellesa* entre vasos llenos de vino tinto— tiene tanta relación con la realidad como *Chu Chin Chow*[4] la tiene con la vida cotidiana de Bagdad. Esto acarreó no solo una enorme sobrevaloración del poderío militar francés (tanto antes como después de los años 1914-1918, Chesterton sostuvo que Francia, por sí misma, era más poderosa que Alemania)[5], sino también una estúpida y grosera glorificación de la guerra actual[6]. Los poemas de guerra de Chesterton, como «Lepanto» o «La balada de Santa Bárbara», hacen que «La carga de la brigada ligera»[7] parezca un tratado pacifista; son quizá las muestras más rotundas de

rimbombancia y mal gusto que pueden encontrarse en toda la lengua inglesa. Lo más curioso es que, en el caso de que otro hubiera escrito sobre Inglaterra y su ejército toda esa bazofia romántica que Chesterton solía escribir sobre Francia y el ejército francés, él habría sido el primero en mofarse. En lo tocante a la política nacional, era un inglesista[8], un auténtico enemigo del jingoísmo y del imperialismo y, en su opinión, un auténtico amigo de la democracia. Pero cuando miraba hacia fuera, hacia el ámbito internacional, podía renunciar a sus principios sin apenas darse cuenta. Así, su creencia casi mística en las virtudes de la democracia no lo previno de admirar a Mussolini. Este había destruido el gobierno representativo y la libertad de prensa por los que Chesterton había luchado tanto en Inglaterra, pero Mussolini era italiano y había hecho fuerte a Italia, y eso zanjaba el asunto. Chesterton jamás pronunció una sola palabra sobre el imperialismo y la conquista de otras razas cuando los ponían en práctica los italianos o los franceses. Su comprensión de la realidad, su gusto literario y, hasta cierto punto, su sentido moral quedaban trastocados en cuanto entraban en juego sus lealtades nacionalistas.

Obviamente, hay considerables similitudes entre el catolicismo político, tal como lo ejemplificaba Chesterton, y el comunismo. Y las hay también entre el nacionalismo escocés, el sionismo, el antisemitismo o el trotskismo. Decir que todas las formas de nacionalismo son iguales, incluso en lo relativo a su atmósfera mental, sería una torpe simplificación, pero hay ciertas reglas aplicables a todos los casos. Las siguientes son las principales características del pensamiento nacionalista.

La obsesión. Dentro de lo posible, ningún nacionalista piensa, habla o escribe jamás sobre nada que no sea la superioridad de su propia entidad de poder. Para un nacionalista resulta difícil, si no imposible, disimular su lealtad. La menor injuria contra su grupo, o cualquier elogio sobre una organización rival, lo llenan de un desasosiego que solo puede paliar dando puntual réplica. Si la entidad de su elección es un país real, como Irlanda o la India, en general le atribuirá una superioridad no solo en lo que a poder militar y virtud política se refiere, sino también en materia de arte, literatura, deporte, estructura lingüística, belleza física de sus habitantes y, quizá, incluso en cuanto a clima, paisaje y cocina. Se mostrará sumamente sensible ante detalles como la correcta disposición de las banderas, el tamaño relativo de los encabezados y el orden en que se nombra a los distintos países[9]. La nomenclatura desempeña un papel importante en el pensamiento nacionalista. Los países que han obtenido su independencia o experimentado una revolución nacionalista suelen cambiar de nombre, y es probable que

cualquier país, u otra entidad que concite fuertes sentimientos, tenga muchos nombres distintos, cada uno de ellos con una implicación diferente. Los dos bandos de la Guerra Civil española tenían, entre ambos, nueve o diez nombres que expresaban distintos grados de amor y odio. Algunos de estos apelativos (por ejemplo, «patriotas» para quienes apoyaban a Franco y «leales» para quienes apoyaban al gobierno) eran bastante cuestionables, y no había uno solo con el que las dos fracciones rivales estuvieran de acuerdo. Todos los nacionalistas consideran un deber difundir su lengua en detrimento de las lenguas rivales, y, en el caso de los anglohablantes, esa batalla toma una forma aún más sutil, convirtiéndose en una lucha entre dialectos. Los norteamericanos anglófobos rehusarán emplear una frase cualquiera en cuyo origen reconozcan la jerga inglesa, y el conflicto entre latinizantes y germanizantes oculta con frecuencia motivos nacionalistas. Los nacionalistas escoceses insisten en la superioridad de los escoceses nacidos en las Tierras Bajas, mientras que algunos socialistas, cuyo nacionalismo suele tomar la forma del odio de clase, despotrican del acento de la BBC e incluso de la *a* abierta. Los ejemplos son numerosos. Los nacionalistas parecen a menudo estar convencidos de la efectividad de la magia simpática[10], creencia que se manifiesta, quizás, en la extendida costumbre de quemar en efigie a los enemigos políticos o de usar sus fotografías como blancos en las galerías de tiro.

La inestabilidad. La intensidad con que se sostienen las lealtades nacionalistas no impide que sean transferibles. Para empezar, como he apuntado antes, pueden fijarse, y a menudo lo hacen, en un país extranjero. Es habitual descubrir que grandes líderes nacionales, o los fundadores de un movimiento nacionalista, ni siquiera pertenecen al país que han buscado glorificar. A veces son extranjeros, y más a menudo provienen de zonas periféricas donde la nacionalidad es dudosa. Ejemplos de lo anterior son Stalin, Hitler, Napoleón, De Valera, Disraeli, Poincaré o Beaverbrook. El movimiento pangermánico fue, en parte, creación de un inglés, Houston Chamberlain. Durante los pasados cincuenta o cien años, el nacionalismo transferido ha sido un fenómeno común entre los literatos. Con Lafcadio Hearne, la transferencia tuvo como objeto Japón; con Carlyle y muchos otros de su tiempo, Alemania, y en nuestra época ese objeto suele ser Rusia. Pero un hecho particularmente interesante es que la re-transferencia también es posible. Un país u otra entidad al que se haya rendido culto durante años puede volverse súbitamente detestable, y otro objeto de afecto puede ocupar su lugar sin apenas intervalo entre uno y otro. En la primera versión de *El*

perfil de la historia, de H. G. Wells, al igual que en otros de sus ensayos de la misma época, uno descubre elogios tan extravagantes a Estados Unidos como los que los comunistas de hoy dedican a Rusia; y, sin embargo, unos años después esta admiración acrítica se ha tornado hostilidad. El espectáculo del comunista fanático que se transforma en unas pocas semanas, o incluso días, en un trotskista igualmente fanático es de lo más común. En la Europa continental, los miembros de los movimientos fascistas eran con frecuencia reclutados entre los comunistas, y el proceso contrario podría tener lugar en los próximos años. Lo que permanece constante entre los nacionalistas es su estado mental; el objeto de su apego es cambiante, y puede ser incluso imaginario.

No obstante, para un intelectual la transferencia ejerce una importante función que ya he mencionado brevemente en relación con Chesterton: le permite ser mucho más nacionalista —más vulgar, más necio, más malévolo, más deshonesto— de lo que jamás podría serlo respecto de su país natal o de cualquier otra entidad de la que tenga conocimiento real. Cuando uno observa la servil, la jactanciosa basura que gente a todas luces inteligente escribe sobre Stalin, el Ejército Rojo, etcétera, uno se da cuenta de que algo así solo es posible mediante una suerte de dislocación. En sociedades como la nuestra es inusual que alguien que pueda ser descrito como un intelectual sienta un apego profundo por su país. La opinión pública —es decir, el sector de la opinión pública del que, como intelectual, está al tanto— no se lo permitiría. La mayoría de la gente que lo rodea es escéptica y desafecta, y es probable que él adopte la misma actitud por imitación o por simple cobardía; en ese caso, habrá abandonado la forma de nacionalismo que tiene más a mano sin aproximarse en absoluto a un punto de vista genuinamente internacional. Aún siente la necesidad de una patria, y es natural que busque una en el extranjero. En cuanto la haya encontrado, puede entregarse sin restricción alguna a aquellas emociones de las cuales cree haberse emancipado. Dios, el rey, el imperio, la bandera británica: todos los ídolos destronados pueden reaparecer bajo nombres diferentes, y mientras no se les reconozca como lo que realmente son, se les puede rendir culto sin mala conciencia. El nacionalismo transferido, como el uso de chivos expiatorios, es una forma de ganar la salvación sin alterar la propia conducta.

La indiferencia frente a la realidad. Todos los nacionalistas tienen la capacidad de ignorar las semejanzas entre conjuntos de hechos similares. Un *tory* inglés defenderá la autodeterminación en Europa y se opondrá a esta en la India sin sensación alguna de incoherencia. Las acciones se consideran

buenas o malas no por sus méritos, sino según quién las lleve a cabo, y parece que no haya ultraje —la tortura, la toma de rehenes, los trabajos forzados, las deportaciones en masa, el encarcelamiento sin juicio, la falsificación, el asesinato, el bombardeo de civiles— que no cambie de color moral cuando ha sido cometido por «nuestro» bando. El *Liberal News Chronicle* publicó, como muestra de un espantoso acto de barbarie, unas fotografías de rusos colgados por los alemanes, y uno o dos años después dio a conocer, con aprobación general, unas instantáneas casi iguales, esta vez de alemanes colgados por los rusos[11]. Y lo mismo sucede con los hechos históricos; desde el punto de vista nacionalista, la historia es el pensamiento de la mayoría, y cuestiones como la Inquisición, las torturas de la Cámara Estrellada[12], las hazañas de los piratas ingleses —de sir Francis Drake, por ejemplo, que solía ahogar a los prisioneros españoles—, el Reinado del Terror, los héroes del Motín de la India —que ataron a cientos de hindúes a las bocas de los cañones—[13] o los soldados de Cromwell —que acuchillaban el rostro a las irlandesas—, se vuelven moralmente neutrales e incluso meritorias cuando se piensa que se llevaron a cabo por una «buena» causa. Si uno observa el pasado cuarto de siglo, encuentra que apenas hay un año en que no se dieran a conocer relatos de atrocidades desde alguna parte del mundo, y, aun así, ni una sola de estas atrocidades —cometidas en España, Rusia, China, Hungría, México, Amritsar o Esmirna— recibió el debido crédito y fue condenada unánimemente por la intelectualidad. Si estos hechos merecían ser reprobados o, incluso, si había que dar crédito a que habían tenido lugar, se decidió en función de las preferencias políticas.

El nacionalista no solo no reprueba las atrocidades cometidas por su propio bando, sino que tiene una notable capacidad para no oír siquiera hablar de ellas. Durante casi seis años, los admiradores ingleses de Hitler se las ingeniaron para no darse por enterados de la existencia de Dachau y Buchenwald. Y quienes se aprestan a denunciar los campos de concentración alemanes ignoran, o a duras penas saben, que también los hay en Rusia. Acontecimientos de gran magnitud, como la hambruna que Ucrania padeció en 1933 y que supuso la muerte de millones de personas, han escapado a la atención de la mayoría de los rusófilos ingleses. Muchos ingleses no han oído apenas nada acerca de los campos de exterminio de judíos alemanes y polacos durante la actual guerra; su antisemitismo ha provocado que este enorme crimen escape a sus conciencias. En el pensamiento nacionalista hay acontecimientos que son a la vez verdaderos y falsos, sabidos y desconocidos. Un hecho bien conocido puede resultar tan insoportable que sea dejado de

lado y no se le permita formar parte de los procesos lógicos; o, por el contrario, puede formar parte de todos los cálculos y, a pesar de eso, no ser admitido jamás como un hecho, ni siquiera en la propia mente.

Todo nacionalista acaricia la idea de que el pasado puede alterarse. Pasa la mayor parte del tiempo en un mundo fantástico en el que las cosas suceden como deberían suceder —en el que, por ejemplo, la Armada Invencible triunfó o la Revolución rusa fue aplastada en 1918—, y, cuando es posible, no duda en transferir fragmentos de su mundo a los libros de historia. Mucha propaganda de nuestra época no es otra cosa que mera falsificación. Se suprimen los hechos materiales, se alteran las fechas, las citas se sacan de su contexto y se manipulan para que digan lo contrario de su intención real. Acontecimientos que se cree que no debieron haber tenido lugar no se mencionan, y más tarde se niegan[14]. En 1927, Chiang Kai Shek hizo hervir vivos a cientos de comunistas, y, sin embargo, diez años después se le ha convertido en uno de los héroes de la izquierda. El realineamiento de la política mundial lo ha situado en el campo antifascista y, así, se cree que el asesinato de los comunistas «no cuenta», o quizá que ni siquiera ocurrió. El principal objetivo de la propaganda es, por supuesto, influir en la opinión contemporánea, pero aquellos que reescriben la historia probablemente creen, cuando menos en parte, que pueden introducir datos en el pasado. Cuando uno tiene en cuenta las elaboradas falsificaciones que se han fraguado con el fin de mostrar que Trotski no desempeñó un papel importante en la guerra civil rusa, resulta muy difícil pensar que los responsables simplemente estén mintiendo. Es más probable que crean que su propia versión corresponde a lo que sucedió a los ojos de Dios, y que están justificados para modificar los registros de acuerdo con esa perspectiva.

La indiferencia ante la verdad objetiva es alentada por el hermetismo de una parte del mundo respecto de la otra, lo que hace cada vez más difícil descubrir lo que realmente sucede. A menudo existen dudas sobre grandes eventos. Por ejemplo, es imposible cuantificar en millones, o quizás incluso decenas de millones, el número de muertes provocadas por la actual guerra. Las calamidades que constantemente se dan a conocer —batallas, matanzas, hambrunas, revoluciones— tienden a inspirar en la gente corriente una sensación de irrealidad. No hay manera de verificar los hechos, no se tiene certeza alguna de que hayan acontecido, y uno se topa con interpretaciones totalmente diferentes que provienen de fuentes distintas. ¿Cuáles fueron los aciertos y los errores del levantamiento de Varsovia en agosto de 1944? ¿Es verdad que hay cámaras de gas en Polonia? ¿Quién es el verdadero

responsable de la hambruna bengalí? Posiblemente, la verdad podría sacarse a la luz, pero en casi todos los periódicos los hechos se relatan con tanta falsedad que no puede culparse al lector corriente por tragarse las mentiras o por no formarse ninguna opinión. La incertidumbre general sobre lo que realmente está pasando hace más fácil aferrarse a creencias disparatadas. Como nada se prueba nunca suficientemente ni se desmiente, el hecho más inequívoco puede negarse sin pudor. Además, aunque el nacionalista se pasa la vida obsesionado con el poder, la victoria, la derrota o la venganza, a menudo permanece ajeno a lo que sucede en el mundo real. Lo que quiere es sentir que su entidad ha conseguido superar a otra, lo cual se logra más fácilmente denostando al adversario que examinando los hechos para ver si estos le dan la razón. Toda controversia nacionalista está al nivel del debate social. Siempre es del todo inconcluyente, puesto que cada participante cree invariablemente que ha derrotado al otro. Algunos nacionalistas no están lejos de la esquizofrenia; viven alegremente entre sueños de poder y conquista que no tienen conexión con el mundo físico.

He examinado tan bien como he podido los hábitos mentales comunes a todas las formas del nacionalismo. A continuación me propongo clasificar esas formas, aunque, obviamente, eso no puede hacerse de manera exhaustiva. El nacionalismo es un tema amplísimo. Innumerables engaños y odios, que se vinculan entre sí de una manera extraordinariamente compleja, atormentan al mundo, y algunos de los más siniestros no han incidido aún en la conciencia europea. En este ensayo, me ocupo del nacionalismo tal como aparece entre los intelectuales ingleses. Entre ellos, con mucha más frecuencia que entre los ingleses de a pie, el nacionalismo no está mezclado con el patriotismo, y por tanto puede estudiarse en su estado puro. Más abajo propongo una lista de las variedades de nacionalismo que ahora mismo florecen en el seno de la clase intelectual inglesa, acompañada de comentarios allí donde me parecen indispensables. Es conveniente echar mano de tres epítetos, *positivo, transferido* y *negativo*, aunque algunas variedades de nacionalismo caben en más de una categoría.

NACIONALISMO POSITIVO

1) *El neotorismo*. Representado por gente como lord Elton, A. P. Herbert, G. M. Young o el profesor Pickthorn, por las publicaciones del Comité de la Reforma Tory y por revistas como *The New English Review* y *The Nineteenth Century and After*. La verdadera fuerza motriz del neotorismo, que le otorga

su carácter nacionalista y lo diferencia del conservadurismo corriente, es el deseo de no reconocer el declive de la influencia y el poderío británicos. Incluso aquellos que son lo bastante realistas para ver que la posición militar británica no es la que solía ser, tienden a afirmar que las «ideas inglesas» (que suelen dejar sin definir) deben dominar el mundo. Todos los neotories son antirrusos, pero con frecuencia aún más antinorteamericanos. Lo significativo es que esta escuela de pensamiento parece ir ganando terreno entre los intelectuales jóvenes, a veces antiguos comunistas que han atravesado el usual proceso de desencanto y se han desilusionado del comunismo. Una figura muy común es la del anglófobo que se vuelve violentamente probritánico. F. A. Voight, Malcolm Muggeridge, Evelyn Waugh o Hugh Kingsmill son algunos de los escritores que ilustran esta tendencia, y un proceso psicológico similar puede observarse en T. S. Eliot, Wyndham Lewis y muchos de sus seguidores.

2) *El nacionalismo celta*. Los nacionalismos galés, irlandés y escocés tienen puntos de divergencia, pero se asemejan en su orientación antiinglesa. Los miembros de estos tres movimientos se han opuesto a la guerra sin por ello dejar de definirse como prorrusos, y los más extremistas se las han ingeniado para ser a la vez prorrusos y pronazis. Sin embargo, el nacionalismo celta no es lo mismo que la anglofobia. Su fuerza motriz es una creencia en la grandeza pretérita y futura del pueblo celta, y tiene una fuerte impronta racial. Se piensa que los celtas son espiritualmente superiores a los sajones —más simples, más creativos, menos vulgares, menos esnobs, etcétera—, pero bajo la superficie late la usual ansia de poder. Un síntoma es la quimera de que Irlanda, Escocia o incluso Gales pueden preservar sin ayuda su independencia y de que no deben nada a la protección británica. Entre los escritores, Hugh MacDiarmid y Sean O’Casey son buenos ejemplos de esta escuela de pensamiento, pero no hay escritor irlandés moderno, incluso de la estatura de Yeats o Joyce, que esté completamente libre de trazas nacionalistas.

3) *El sionismo*. Este posee las características usuales de los movimientos nacionalistas, pero su variante norteamericana parece ser más violenta y maligna que la británica. Si lo clasifico como nacionalismo directo y no como transferido es porque florece casi exclusivamente entre los propios judíos. En Inglaterra, por razones tan variadas como incongruentes, la intelectualidad es mayoritariamente projudía en lo tocante a Palestina, pero no de un modo particularmente intenso. Además, todos los ingleses de buena voluntad son projudíos, en el sentido de que desaprueban la persecución nazi, pero

cualquier lealtad nacionalista auténtica en este terreno, o cualquier creencia en la superioridad innata de los judíos, es difícil de encontrar entre gentiles.

NACIONALISMO TRANSFERIDO

1) *El comunismo*.

2) *El catolicismo político*.

3) *El sentimiento racial*. La vieja actitud despectiva hacia los «nativos» se ha debilitado mucho en Inglaterra, y varias teorías seudocientíficas que insisten en la superioridad de la raza blanca han sido abandonadas[15]. Entre la intelectualidad, el sentimiento racial solamente se da en una forma traspuesta, es decir, como una creencia en la superioridad innata de las razas distintas de la blanca. Esto es ahora cada vez más común entre los intelectuales ingleses, probablemente debido al masoquismo y a la frustración sexual, más que al contacto con los movimientos nacionalistas negros y orientales. Incluso entre aquellos que no están sentimentalmente involucrados en el asunto racial, el esnobismo y la imitación ejercen una poderosa influencia. Casi cualquier intelectual inglés se escandalizaría ante la afirmación de que la raza blanca es superior a las otras, mientras que afirmar lo contrario sería irrecusable, incluso sin estar de acuerdo con ello. El apego nacionalista a las razas distintas de la blanca suele mezclarse con la creencia de que sus vidas sexuales son superiores, y existe una amplia mitología soterrada sobre la capacidad sexual de los negros.

4) *El sentimiento de clase*. Entre los intelectuales de clase alta o media, solo existe en su forma traspuesta, esto es, como creencia en la superioridad del proletariado. Aquí, de nuevo, la presión de la opinión pública entre los intelectuales es abrumadora. La lealtad nacionalista hacia el proletariado y el más despiadado odio teórico de la burguesía pueden a menudo coexistir con el habitual esnobismo en la vida cotidiana.

5) *El pacifismo*. La mayoría de los pacifistas pertenecen a oscuras sectas religiosas o simplemente son personas humanitarias que se oponen al homicidio y que prefieren no profundizar demasiado en las implicaciones de su pensamiento. Sin embargo, hay una minoría de pacifistas intelectuales cuyo auténtico —aunque nunca admitido— motivo parece ser el odio a la democracia occidental y la admiración por el totalitarismo. La propaganda pacifista suele reducirse a sostener que un bando es tan malo como el otro, pero si uno analiza con más detenimiento los escritos de los intelectuales

pacifistas más jóvenes, descubre que bajo ninguna circunstancia expresan una desaprobación imparcial, sino que se dirigen casi enteramente contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, por regla general no condenan la violencia como tal, sino solo la usada en defensa propia por los países occidentales. A los rusos, al contrario que a los británicos, no se les culpa por defenderse por medios bélicos, y de hecho toda la propaganda de este tipo elude mencionar a Rusia o a China. No se exige, de nuevo, que los indios repudien la violencia en su lucha contra los británicos. La literatura pacifista abunda en afirmaciones equívocas que, si acaso, parecen presuponer que los estadistas como Hitler son preferibles a aquellos como Churchill, y que la violencia es quizás excusable si es lo bastante violenta. Tras la caída de Francia, los pacifistas franceses, enfrentados a una disyuntiva que sus colegas ingleses no se vieron obligados a considerar, optaron en su mayoría por los nazis, y en Inglaterra parece haber habido cierto solapamiento entre los afiliados a la Peace Pledge Union**[16]** y los miembros de los Camisas Negras. Los escritores pacifistas han dedicado elogios a Carlyle, uno de los padres intelectuales del fascismo. Al cabo, resulta difícil no tener la impresión de que el pacifismo, tal como se da entre una parte de la intelectualidad, se inspira secretamente en una admiración por el poder y la crueldad que obtiene los resultados buscados. El error fue vincular esta emoción a Hitler, pero puede ser transferida fácilmente.

NACIONALISMO NEGATIVO

1) *La anglofobia*. Entre la intelectualidad, una postura burlona y ligeramente hostil en relación con Gran Bretaña es más o menos obligatoria, pero muchas veces no es una emoción fingida. Durante la guerra se manifestó en el derrotismo de la clase intelectual, que persistió hasta mucho después de que quedara claro que las potencias del Eje no estaban en condiciones de obtener la victoria. Mucha gente se mostró sin disimulo encantada con la caída de Singapur, o cuando los ingleses fueron expulsados de Grecia, y hubo una notable renuencia a dar crédito a las buenas noticias, como, por ejemplo, al desenlace de la batalla de El Alamein**[17]** o al número de aviones alemanes derribados durante la batalla de Inglaterra**[18]**. Desde luego, los intelectuales ingleses de izquierdas no querían realmente que los alemanes o los japoneses ganaran la guerra, pero muchos de ellos no pudieron evitar disfrutar al ver a su propio país humillado, y hubieran querido que la victoria final se debiera a

Rusia o quizás a Estados Unidos, pero no a Gran Bretaña. En política exterior, muchos intelectuales siguen el principio de que cualquier facción apoyada por Inglaterra debe de estar en el bando incorrecto. Como consecuencia de ello, la opinión «ilustrada» es en gran medida un mero reflejo de la política conservadora. La anglofobia siempre puede invertirse; de ahí el frecuente espectáculo de un pacifista durante una guerra que se vuelve belicista en la siguiente.

2) *El antisemitismo*. Hoy en día existen muy pocas evidencias de antisemitismo, porque las persecuciones nazis han hecho obligatorio para cualquier persona pensante ponerse del lado de los judíos y contra sus opresores. Cualquiera que sea suficientemente culto como para haber oído el término «antisemitismo» afirma automáticamente estar libre de él, y se eliminan cuidadosamente los comentarios antisemitas de toda clase de publicaciones. Pero, en realidad, el antisemitismo parece estar muy extendido, incluso entre los intelectuales, y el acuerdo tácito de silenciarlo probablemente contribuye a exacerbarlo. La gente con opiniones de izquierda no es inmune a él, y su actitud está muchas veces influida por el hecho de que los trotskistas y anarquistas suelen ser judíos. Pero el antisemitismo florece de manera más natural entre gente de tendencia conservadora, que sospecha que los judíos debilitan la moral nacional y diluyen la cultura local. Los neotories y el catolicismo político son siempre propensos a sucumbir al antisemitismo, al menos de manera intermitente.

3) *El trotskismo*. Esta palabra se emplea de un modo tan laxo que termina por incluir a los anarquistas, a los socialistas democráticos e incluso a los liberales. La utilizo aquí para referirme a los marxistas doctrinarios cuya motivación principal es la hostilidad hacia el régimen estalinista. El trotskismo puede analizarse mejor en oscuros panfletos o en periódicos como el *Socialist Appeal*[19] que en los propios escritos de Trotski, que en modo alguno era hombre de una sola idea. Aunque en algunos lugares —por ejemplo, en Estados Unidos— el trotskismo es capaz de atraer a un gran número de adeptos y de convertirse en un movimiento organizado con su propio pequeño *führer*, su inspiración es esencialmente negativa. El trotskismo está en contra de Stalin tanto como el comunismo está a favor de este, y, como la mayoría de los comunistas, no desea tanto cambiar el mundo externo como sentir que la batalla del prestigio progresa en su favor. En ambos casos existe la misma fijación obsesiva en un solo asunto, la misma incapacidad para formarse una idea genuinamente racional basada en las probabilidades. El hecho de que los trotskistas sean en todas partes una

minoría perseguida y de que la acusación que pesa sobre ellos —que colaboran con los fascistas— sea obviamente falsa, crea la impresión de que el trotskismo es intelectual y moralmente superior al comunismo, pero resulta dudoso que exista mucha diferencia entre ambos. De todas maneras, el trotskista típico es un antiguo comunista, y nadie llega al trotskismo sino desde algún movimiento de izquierda. Ningún comunista, a menos que esté atado a su partido por la costumbre de años, está a salvo de una súbita conversión al trotskismo. El proceso contrario no parece tener lugar con la misma frecuencia, aunque no hay una razón clara de por qué no podría ocurrir.

Podría parecer que, en la clasificación que he propuesto antes, he exagerado, simplificado en exceso, planteado supuestos injustificados y dejado fuera de la descripción la habitual existencia de motivos sinceros. Ha sido inevitable, puesto que mi propósito en este ensayo es aislar e identificar tendencias que existen en las mentes de todos nosotros y que pervierten nuestro pensamiento, sin que necesariamente ocurran todo el tiempo en estado puro u operen continuamente. Por todo ello, es importante que corrija la descripción excesivamente simplificada que me he visto obligado a realizar. Para empezar, nadie tiene el derecho de asumir que todo el mundo está infectado de nacionalismo, y ni siquiera que todos los intelectuales lo están. En segundo lugar, el nacionalismo puede ser intermitente y limitado. Un hombre inteligente puede sucumbir solo a medias a la tentación de creer en lo que sabe que es absurdo y mantenerlo alejado de su mente durante largos períodos, volviendo a creer en ello solo en momentos de rabia o de sentimentalismo, o cuando está seguro de que no hay asuntos de importancia involucrados en ello. En tercer lugar, un credo nacionalista puede adoptarse de buena fe por motivos no nacionalistas. Por último, en la misma persona pueden coexistir muchos tipos de nacionalismo, incluso los que se neutralizan entre sí.

A lo largo de este ensayo no he dejado de decir «el nacionalista hace esto» o «el nacionalista hace lo otro», usando, a modo de ilustración, al nacionalista extremo, al fanático que no posee zonas neutrales en su cerebro ni interés alguno en nada que no sea la lucha por el poder. En realidad, esta clase de gente es poco común, y no merecen que se emplee tanta pólvora en ellos. En la vida real, lord Elton, D. N. Pritt, lady Houston, Ezra Pound, lord Vansittart, el padre Coughlin y demás integrantes de su lúgubre tribu merecen ser combatidos, pero apenas es necesario señalar sus deficiencias intelectuales. La monomanía carece de interés, y el hecho de que ningún nacionalista del

tipo fanático pueda escribir un libro que valga la pena leer pasados unos años tiene un efecto desodorante. Sin embargo, una vez que uno ha admitido que el nacionalismo no ha triunfado en todas partes, que todavía existen pueblos cuyos juicios no están a merced de sus deseos, el hecho sigue siendo que los hábitos mentales nacionalistas están muy extendidos, hasta el punto de que muchos problemas profundos y apremiantes —la India, Polonia, Palestina, la Guerra Civil española, los procesos de Moscú, los negros de Estados Unidos, el pacto germano-ruso y demás— no pueden ser discutidos apelando a la racionalidad, o al menos nunca lo son. Los Elton, Pritt y Coughlin, cada uno de ellos semejante a una enorme boca que profiere una y otra vez la misma mentira, son obviamente casos extremos, pero nos engañaríamos si no nos diéramos cuenta de que cualquiera de nosotros puede parecerse a ellos en el momento en que baja la guardia. Permítaseme hacer notar que, con solo pulsar una tecla —y puede tratarse de una tecla cuya existencia no sospechábamos hasta entonces—, hasta el sujeto más razonable y amable puede transformarse en un partisano despiadado que solo se desviva por «ganar la partida» a su adversario, sin importar cuántas mentiras tenga que decir o cuántos errores de lógica se vea obligado a disimular. Se sabe que cuando Lloyd George, que se oponía a la guerra de los bóers[20], anunció en la Cámara de los Comunes que, sumados, los comunicados británicos aseguraban que se había dado muerte a más bóers que el total de su población, Arthur Balfour se levantó y le espetó: «¡Canalla!»[21]. Muy poca gente está a salvo de deslices de esa naturaleza. El negro desairado por una mujer blanca, el inglés que oye a un norteamericano ignorante criticar a Inglaterra y el apologista católico al que se le recuerda la Armada Invencible reaccionarán de un modo muy parecido. En cuanto pinchamos el nervio del nacionalismo, la razón puede desvanecerse y el pasado alterarse, y pueden negarse hechos sobre los que no cabe la menor duda.

Si uno esconde en algún lugar de la mente una lealtad o un odio nacionalistas, ciertos hechos son inadmisibles, aunque se sepa que son ciertos. A continuación expondré algunos ejemplos: una lista de cinco tipos de nacionalista a la que contrapongo otra de los hechos que a cada uno de ellos les resulta imposible admitir, ni siquiera en su fuero más interno.

El tory inglés. Gran Bretaña saldrá de esta guerra con menos poder y prestigio.

El comunista. De no haber sido auxiliada por Gran Bretaña y Estados Unidos, Rusia habría sido derrotada por Alemania.

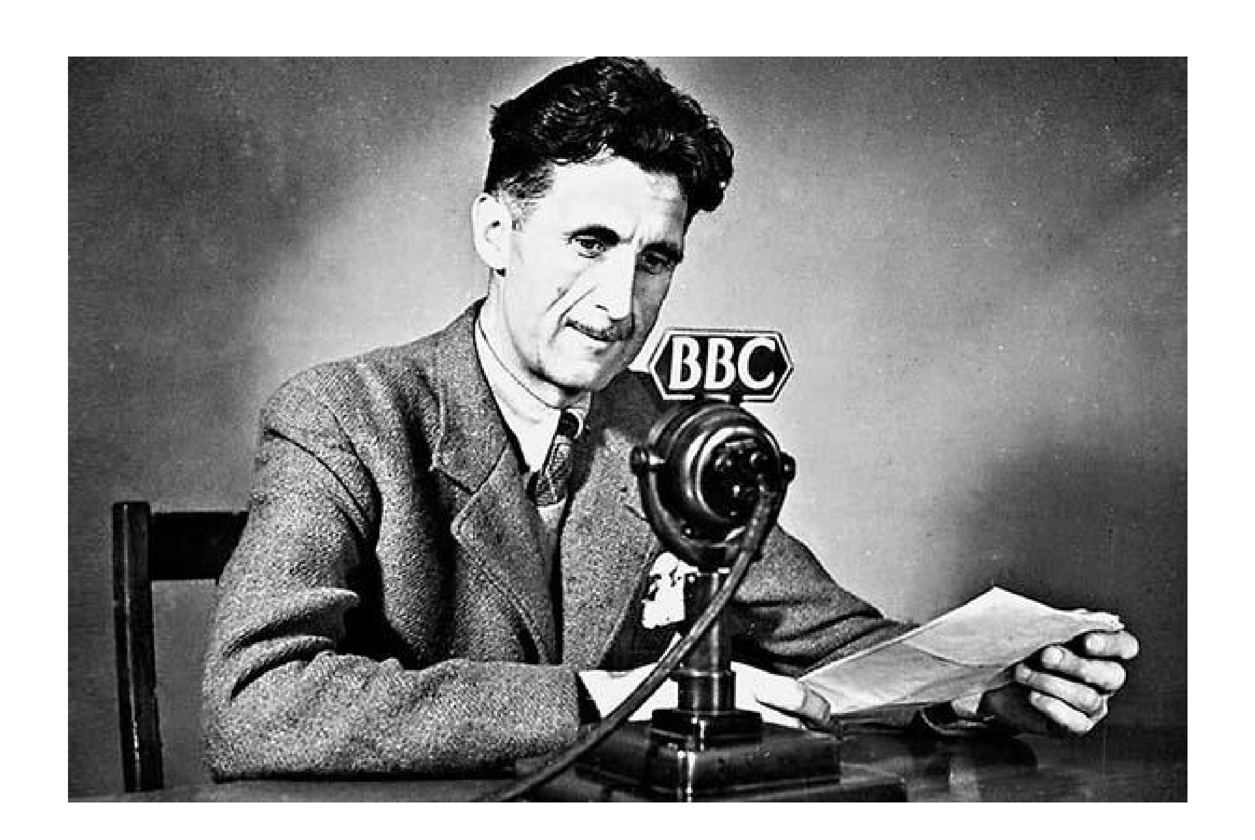
El nacionalista irlandés. Irlanda solo continúa siendo independiente gracias a la ayuda británica.

El trotskista. Las masas rusas aceptan el régimen estalinista.

El pacifista. Quienes «repudian» la violencia solo pueden hacerlo porque otros emplean la violencia en su nombre.

Todos estos hechos resultan groseramente obvios si no interpelan a las propias emociones; sin embargo, para la clase de personas mencionadas son intolerables, y por tanto deben ser negados y elaborarse falsas teorías con este fin. Vuelvo al sorprendente fallo de las predicciones militares en la actual guerra: creo que es justo decir que la intelectualidad se ha equivocado más que la gente corriente en relación con el progreso de la guerra, y que sus opiniones han adoptado más a menudo un sesgo partidista. El intelectual izquierdista promedio creía, por ejemplo, que la guerra estaba perdida en 1940, que lo más seguro era que los alemanes invadieran Egipto en 1942, que jamás se lograría expulsar a los japoneses de los territorios que habían conquistado y que los bombardeos angloamericanos no estaban haciendo mella en Alemania. Si podía creer tales cosas, era porque su odio hacia la clase dirigente británica le impedía admitir que los planes de Gran Bretaña podían tener éxito. No existe límite para las necedades que uno es capaz de tragarse si se halla bajo la influencia de sentimientos de este tipo. He oído decir confiadamente, por ejemplo, que las tropas estadounidenses habían llegado a Europa no para combatir a los alemanes, sino para aplastar una revolución en Inglaterra. Hay que pertenecer a la clase intelectual para creerse algo así; ninguna persona normal puede ser tan estúpida. Cuando Hitler invadió Rusia, los funcionarios del Ministerio de Información lanzaron, «como marco de referencia», la advertencia de que Rusia caería en seis semanas. Al mismo tiempo, los comunistas consideraron cada fase de la guerra como una victoria de Rusia, incluso cuando los rusos eran obligados a retroceder hasta el mar Caspio y más de un millón de ellos caían prisioneros. No es necesario aportar más ejemplos. El tema es que, tan pronto como aparecen el miedo, el odio, los celos y el culto al poder, se pierde el sentido de la realidad. Y, como he dicho antes, también el sentido de lo que es correcto e incorrecto. No hay ningún delito, absolutamente ninguno, que no pueda ser justificado cuando lo comete «nuestro» bando. Aun cuando no se niegue que tal delito haya tenido lugar, aunque se sepa que es exactamente el mismo que uno ha condenado en otra ocasión, aun así no se puede reconocer que está mal. La lealtad está de por medio, así que la piedad no procede.

La pregunta por las razones del ascenso y propagación del nacionalismo es demasiado compleja para que tratemos de ella aquí. Baste decir que, entre los intelectuales ingleses, el nacionalismo es un reflejo deformado de las terribles batallas que tienen lugar ahora mismo en el mundo real, y que sus peores necedades las han hecho posibles la quiebra del patriotismo y las creencias religiosas. Si uno sigue esa senda, corre el peligro de ser arrastrado a alguna clase de conservadurismo o al quietismo político. Sería plausible argüir, por ejemplo —e incluso es posible que sea cierto—, que el patriotismo es una forma de inoculación contra el nacionalismo, que la monarquía es un antídoto contra la dictadura y que la religión organizada nos previene frente a la superstición. O, de nuevo, puede argüirse que ningún punto de vista imparcial es posible, que todos los credos y causas implican las mismas mentiras, necedades y conductas bárbaras; y todo esto es muchas veces blandido como razón para mantenerse lejos de toda política. Por mi parte, no acepto esos argumentos, acaso solamente porque en el mundo moderno nadie que pueda describirse como intelectual puede apartarse de la política en el sentido de no preocuparse por ella. Creo que uno debe involucrarse políticamente —usando la palabra *política* en un sentido amplio— y que debe tener preferencias: que uno está obligado a reconocer que ciertas causas son objetivamente mejores que otras, incluso si se las persigue por medios igualmente incorrectos. En cuanto a los amores y odios nacionalistas a los que he hecho referencia, estos forman parte del carácter de cada uno de nosotros, nos guste o no. No puedo responder la pregunta de si podemos librarnos de ellos, pero creo que es posible dar la batalla, y que un esfuerzo moral es esencial. Se trata, en primer lugar, de descubrir quiénes somos realmente y cuáles son nuestros verdaderos sentimientos, y, después, de tomar en cuenta nuestro posible sesgo. Si uno odia y teme a Rusia, si está celoso de la riqueza y el poder de Estados Unidos, si desprecia a los judíos, si tiene un sentimiento de inferioridad respecto de la clase dirigente de Gran Bretaña, no puede librarse de esos sentimientos simplemente reflexionando. Sin embargo, uno puede al menos reconocer que los tiene e impedir que contaminen sus procesos mentales. Los apremios emocionales que son ineludibles, y que incluso son necesarios para la acción política, deben ser capaces de ir codo con codo con la aceptación de la realidad. Pero esto, repito, requiere de un esfuerzo moral, y la literatura inglesa contemporánea, hasta el punto en que aún existe para los asuntos realmente importantes, nos muestra que somos pocos los que estamos preparados para llevar a cabo ese esfuerzo.



GEORGE ORWELL (Motihari, India, 1903 - Londres, 1950), cuyo nombre real era Eric Blair, fue novelista, ensayista brillante y maestro de periodistas. Podría decirse que su breve vida resume los sueños y las pesadillas del mundo occidental en el siglo XX. Nació en la India británica en el seno de una familia de clase media, estudió con una beca en el exclusivo colegio de Eton, sirvió en la Policía Imperial en ultramar (*Los días de Birmania*, 1934), volvió a Europa, donde vivió a salto de mata (*Sin blanca en París y Londres*, 1933), regresó a la Inglaterra rural y empezó allí el ejercicio de la docencia (*La hija del clérigo*, 1935), escribió sobre la clase obrera inglesa y la explotación (*Que no muera la aspidistra*, 1936; *El camino a Wigan Pier*, 1937), recogió su experiencia de lucha contra el fascismo en la turbulenta Guerra Civil española (*Homenaje a Cataluña*, 1938), vislumbró en la convalecencia posterior el derrumbe del viejo mundo (*Subir a por aire*, 1939), colaboró con la BBC durante la Segunda Guerra Mundial, se consagró en el Tribune y el Observer como uno de los mejores prosistas en lengua inglesa (entre su vasta producción ensayística cabe destacar *El león y el unicornio y otros ensayos*, 1940), fabuló las perversiones del socialismo (*Rebelión en la granja*, 1945) y llegó a anticipar nuevos tipos de sociedad burocrática e hiperpolítica (*1984*, 1949). A pesar de su temprana muerte, se le sigue considerando la conciencia de una generación y una de las voces más lúcidas que se han alzado contra toda clase de totalitarismos.

Notas

[1] Las naciones, o incluso entidades más difusas como la Iglesia católica o el proletariado, suelen ser pensadas como si fuesen individuos, y a menudo se alude a ellas en femenino. En cualquier periódico pueden encontrarse afirmaciones tan patentemente absurdas como que «Alemania es traicionera por naturaleza», y cualquiera se atreve a realizar generalizaciones temerarias sobre el carácter nacional («El español es un aristócrata nato» o «Todos los ingleses son hipócritas»). De vez en cuando, se reconoce que estas generalizaciones son infundadas, pero el hábito de repetirlas persiste, y gente que afirma tener un punto de vista internacional, como Tolstói o Bernard Shaw, incurre frecuentemente en ellas. <<

[2] Unos cuantos escritores de tendencia conservadora, como Peter Drucker, predijeron un acuerdo entre Alemania y Rusia, pero esperaban que fuera una alianza como tal, o una amalgama permanente. Ningún escritor marxista o izquierdista, o de cualquier otro color político, estuvo siquiera cerca de predecir el pacto. <<

[3] Los analistas militares de la prensa popular pueden identificarse en su mayoría como prorrusos o antirrusos, reaccionarios o antirreaccionarios. Errores tales como creer inexpugnable la Línea Maginot o predecir que Rusia conquistaría Alemania en tres meses no han dañado su reputación porque han procurado decir justo aquello que su público particular quería escuchar. Los dos críticos militares más favorecidos por la clase intelectual son el capitán Liddell Hart y el general de división Fuller; el primero sostiene que la defensa es mejor que el ataque y el segundo, que el ataque es mejor que la defensa. Esta contradicción no ha impedido que ninguno de ellos sea aceptado como autoridad por un mismo público. La razón secreta de su fama en los círculos de izquierda es que ambos están en desacuerdo con el Ministerio de la Guerra. <<

[4] Se trata de una versión, en forma de comedia musical, del cuento «Alí Babá y los cuarenta ladrones», escrita por Oscar Asche y con música de Frederic Norton. Se estrenó en 1916 y gozó de enorme popularidad. *(N. del T.)* <<

[5] Es decir, lo mismo antes que después de la Primera Guerra Mundial. *(N. del T.)* **<<**

[6] La Segunda Guerra Mundial. *(N. del T.)* **<<**

[7] Se trata de un poema de Alfred Tennyson que hace referencia a la desastrosa carga de caballería del ejército británico en la batalla de Balaclava, el 25 de octubre de 1854, durante la guerra de Crimea. *(N. del T.)* **<<**

[8] *Little Englander*, como opuesto a imperialista. *(N. del T.)* **<<**

[9] Algunos norteamericanos han expresado su insatisfacción por el uso de «angloestadounidense» como forma de combinación de estas dos palabras. Proponen que se sustituya por «americobritánico». <<

[10] Basada en la idea de que lo similar produce lo similar. *(N. del T.)* **<<**

[11] El *News Chronicle* invitaba a sus lectores a ver el noticiero cinematográfico en el que podía observarse la ejecución completa con acercamientos de cámara. El *Star* publicó, al parecer con la aprobación general, fotografías de colaboracionistas semidesnudas acosadas por la chusma de París. Las fotografías tenían un notable parecido con las fotografías nazis de judíos siendo acosados por la chusma de Berlín. <<

[12] La Cámara Estrellada era un tribunal inglés destinado a juzgar a los nobles. Se fundó en 1487. William Laud, arzobispo de Canterbury, la utilizó como instrumento de opresión durante el reinado de Carlos I. Tomaba su nombre de la decoración de la habitación donde celebraba sus sesiones, en la abadía de Westminster. Fue abolida en 1640. *(N. del T.)* <<

[13] El Motín de la India o Rebelión de los cipayos (1857-1858) fue un levantamiento de los soldados hindúes del ejército de Bengala contra el poder británico. Motivó una violenta represión. *(N. del T.)* <<

[14] Un ejemplo es el pacto germano-ruso, que se busca borrar de la memoria pública tan pronto como sea posible. Un corresponsal ruso me informa de que se ha omitido cualquier mención al pacto en los libros del año rusos, que dan carpetazo a los eventos políticos recientes. <<

[15] Un buen ejemplo es la superstición referida a la insolación. Hasta hace poco, se creía que las personas de raza blanca eran mucho más propensas a la insolación que las otras, y que un blanco no podía caminar con seguridad bajo el sol tropical sin llevar un salacot. No ha existido jamás la menor evidencia que apoye esta teoría; sin embargo, servía al propósito de acentuar la diferencia entre los «nativos» y los europeos. Durante la guerra, la teoría fue silenciosamente dejada de lado, y ejércitos enteros combatieron en los trópicos sin llevar salacot. Parece ser que, mientras esta superstición estuvo en boga, los doctores ingleses en la India la sostuvieron tan firmemente como los legos. <<

[16] Organización pacifista fundada en 1934 por el canónigo de la catedral de San Pablo, Dick Sheppard. *(N. del T.)* **<<**

[17] Por la cual los británicos impidieron, en 1942, que los nazis conquistaran Egipto y controlaran el canal de Suez. Supuso un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial. *(N. del T.)* <<

[18] El fallido intento de los nazis de destruir la fuerza aérea británica. Tuvo lugar entre julio y octubre de 1940. *(N. del T.)* <<

[19] Fundado por Ted Grant (1913-2006), era el órgano de la Workers’ International League (Liga Obrera Internacional). *(N. del T.)* **<<**

[20] La guerra de los bóers, que se desarrolló en dos etapas, la primera en 1880-1881 y la segunda entre 1889 y 1902, enfrentó a la Corona británica con los colonos de origen neerlandés de Sudáfrica, llamados bóers o afrikaaners, y tuvo como resultado la desaparición de las dos repúblicas independientes que estos habían fundado. *(N. del T.)* <<

[21] A la sazón, Balfour era líder de los *tories* en la Cámara de los Comunes. Posteriormente, sería primer ministro de Gran Bretaña (entre 1902 y 1905), primer lord del Almirantazgo y ministro de Asuntos Exteriores. Mientras ocupaba esta última cartera, en 1917, firmó la Declaración Balfour, por la que Gran Bretaña se manifestaba partidaria de la creación de un asentamiento judío en el Mandato Británico de Palestina. *(N. del T.)* <<